

18 lunes 12 de marzo de 1979

Al margen

Mezquital, cultura y chicanos...

Isabel Fraire/II y último

En la película de Paul Leduc, *Mezquital*, se me reveló claramente que el campesino mexicano es un submexicano, un chicano que vive en México, que todavía no cruza la frontera.

La semejanza salta a la vista cuando los otomíes son entrevistados ante la cámara. Su español es insuficiente y torpe. Se equivocan en el número y el género gramatical.

Ya antes, viajando por Tlaxcala, me había percatado del trabajo que les cuesta expresarse a los mexicanos del campo. Era difícil que nos entendieran, e igualmente difícil entenderlos. No manejaban con soltura el vocabulario ni los conceptos. Había una zona neblinosa de confusión que se alzaba como barrera entre nosotros.

Comparo su situación con la de los chicanos porque muchos de ellos ni dominan el inglés, ni leen el español. Esto limita su lenguaje efectivo a un lenguaje oral, de utilidad práctica inmediata, pero inservible para muchos fines, y los excluye del acervo cultural que es patrimonio común de los mexicanos.

Resulta conmovedor que en estas condiciones los chicanos se aferren a su identidad nacional. Se sigan declarando "culturalmente" mexicanos e insistan en conservar su idioma y recuperar sus raíces históricas, bien o mal entendidas. Lo penoso es que el gobierno mexicano no los apoye como se merecen. Que no les mande, por ejemplo, maestros para que no se vean obligados a aprender español en la escuela con maestros estadounidenses que lo hablan mal y que, además, los desprecian. Que no defiende mejor sus derechos y los ayude en lo posible.

¿Pero acaso no les sucede a los campesinos mexicanos lo mismo que a los chicanos en Estados Unidos? ¿Se puede hablar de patria común en una situación en que un enorme número de ciudadanos sufre, dentro

del mismo territorio nacional, un exilio cultural *de facto* y está, además, olvidado por la administración? De acuerdo con las estadísticas que proporciona Leduc y que a nadie sorprenderán, el 40 por ciento de la población carece de agua potable. El 50.3 por ciento muere de enfermedades transmisibles. Etc. Como es lógico, emigran. Unos a la ciudad. . . Leduc los muestra llegando a una central de autobuses del D.F. con sus cajas de cartón amarradas con mecates, sus huaraches, sombreros de palma, y aire de borregos extraviados. . . a aumentar las filas del subempleo y la mendicidad. Otros al norte, también en busca de un medio, ya no de vivir mejor, sino de sobrevivir. Como todos sabemos, ni en el D.F. ni en los campos agroindustriales de los Estados Unidos encuentran el paraíso terrenal.

El problema de los braceros (materia prima de los chicanos) es un problema que sólo se resolverá cuando se resuelva el problema del campo en México. Lo terrible es que si no se ha resuelto es porque, en el fondo, a nadie le interesa resolverlo. . . a favor de los campesinos, cuando menos.

Y los braceros tampoco le importan a nadie. Son, finalmente, peones en un gran juego de ajedrez. Al gobierno mexicano le conviene que se vayan, porque su salida sirve de desfogue para el amenazante problema del desempleo nacional. A los granjeros estadounidenses — a pesar de las protestas de los fanáticos racistas y los chicanos sindicalizados — les conviene tener a la mano un excedente de mano de obra con el cual abatir sueldos y romper huelgas. Un excedente que echan fuera cuando les conviene y admiten cuando les hace falta, y al cual hostilizan y vejan como a sus demás minorías raciales.

¿Y los derechos del mexicano, que? . . .
¿Cuáles derechos? ¿Cuáles mexicanos? En el campo no hay mexicanos. Hay sólo un excedente humano. . .